

El futuro del voto por la izquierda en la Ciudad de México

Héctor Tejera Gaona

La permanencia en el poder de un partido durante diversos periodos electorales no es, por sí misma, a diferencia de lo que plantea Przeworski (et al., 2000), un indicador de mayor o menor democracia política. El carácter democrático o antidemocrático de un régimen se define por las formas de ejercicio del poder que propician dicha permanencia, las cuales se expresan en múltiples prácticas políticas que imprimen su contenido al ejercicio de la dominación. Para establecer dicho carácter, hemos seguido una estrategia teórico-metodológica sustentada en un enfoque procesual (Sztompka, 1991) para, mediante ella, profundizar en las relaciones políticas en contextos locales, estudiando los vínculos entablados entre gobiernos central y delegacionales, facciones políticas de partido predominante y redes político-territoriales, buscando determinar cómo se ejerce la dominación (Simmel, 2009 [1908]); es decir, el contenido de las prácticas mediante las cuales la élite busca reproducir y fortalecer la estructura política a la cual pertenece.

El proceso de formación de la estructura actual, su organización basada en redes que predominan en ámbito locales y garantizan el predominio de las facciones de ese partido en espacios determinados, y su influencia en los resultados electorales ha estado enmascarada como resultado del predominio electoral del PRD. Por ello, para profundizar en dicho proceso hemos emprendido la tarea de elaborar, mediante investigaciones multilocales en espacios de condensación diversos, un *collage* de fenómenos político-territoriales que nos permita perfilar un panorama general.

Dichas investigaciones evidencian la formación y predominancia de una elite que se constituye, cada vez más, en un obstáculo para la democracia y la participación ciudadanas; una elite que ha faccionalizado muchos de los ámbitos del ejercicio gubernamental y se comporta en muchos sentidos como partido dominante (Dunleavy, 2010).

En los últimos quince años la formación de esa elite ha pasado por dos procesos que han propiciado el reparto de la Ciudad de México entre diversas facciones partidarias, a las cuales están vinculadas a conglomerados de organizaciones parapartidarias y prepartidarias encabezadas por políticos de viejo cuño, y nuevos emprendedores. Con capacidades distintas para concentrar recursos gubernamentales, todos ellos buscan generar, fortalecer y ampliar sus redes mediante el otorgamiento de atención asociada al gasto social. También intentan trasminar una forma de integración política que se adecua a sus aspiraciones. Más allá de que impulsen proyectos de organización social, también buscan mantener redes para utilizarlas políticamente.

No todos de quienes forman asociaciones logran ascender, debido a que las vías para lograrlo se han estrechado en la medida en que se fortalece la elite partidaria que gobierna la ciudad. Pero, como se ha dicho, quienes desean ser considerados para candidaturas y puestos gubernamentales, deberán mostrar su importancia con base en el número de personas que pueden movilizar para los procesos electorales. Por ello, quienes obtienen un puesto como funcionarios, particularmente en áreas relacionadas con gasto social e inversión en infraestructura, utilizan los recursos públicos con propósitos

electoclientelares.¹ De esta forma, se integran mediante alianzas y rupturas a la dinámica marcada por la estructura prevaleciente, donde para consolidarse, deben expandirse territorialmente, fortalecer sus organizaciones y progresar política y económicamente.

Este proceso ha propiciado la fragmentación de la identidad partidaria en múltiples identificaciones políticas asociadas a líderes particulares, lo cual no se evidencia porque el PRD todavía actúa (al menos lo hacía hasta la consumación de la escisión política que actualmente integra a MORENA) como un partido “paraguas” de los intereses de múltiples grupos políticos y condensa electoralmente las expectativas de muchos de ellos. La fragmentación no era evidente porque el PRD era, hasta hace poco, el partido cohesionador de las expectativas de dichos grupos. Todos ellos proclives a establecer alianzas con nuevos grupos (y en su caso partidos).

La importancia político-electoral de estas alianzas y rupturas entre los diversos grupos, nos ha llevado a presentar los casos de las delegaciones Iztapalapa y Cuajimalpa. En el primero, el triunfo de un candidato (“Juanito”), sin arraigo político y social en esa demarcación, como preámbulo para que Brugada pudiera tomar la jefatura delegacional, ejemplifica los procesos de reposicionamiento electoral de las organizaciones impulsados por negociaciones y acuerdos previos a la elección. En el segundo, una negociación entre líderes de facciones partidarias (IDN y VP) lleva a una fractura de un grupo perredista encabezado por el aspirante con mayor popularidad en la delegación, y su postulación por el PVEM. La coalición con el PRI impulsa el triunfo de Ruvalcaba quien durante la campaña electoral, pocas veces se asume como candidato del PVEM.

Ambas delegaciones muestran similitudes debido a que los procesos electorales de 2009 (Iztapalapa) y 2012 (Cuajimalpa) responden a una misma estructura política prevaleciente en la Ciudad de México. En efecto, en ambas encontramos un cúmulo de organizaciones asociadas al gasto social y a la relación con la estructura delegacional encabezadas por aspirantes políticos que influyen, con base en sus intereses particulares, en las preferencias electorales. Son líderes relativamente independientes de las estructuras partidarias y gubernamentales.

En Iztapalapa y Cuajimalpa los procesos de ruptura partidaria no afectan de manera sustancial los acuerdos previos tomados por las organizaciones con los postulantes más probables a ocupar la jefatura delegacional. Tanto en el caso de Brugada, como de Ruvalcaba, diversas organizaciones los apoyaban independientemente del color partidario. Ciertamente a los simpatizantes del PRD les costó más trabajo aceptar que, más valía apechugar el cambio de color, que renegociar los acuerdos pactados con un candidato al cual no le pronosticaban muchas posibilidades de ganar. Un líder local sostiene:

Yo estoy aquí, más que nada por amor a mi pueblo... estoy apoyando a Adrián, mi amigo porque me interesa que mi pueblo esté bien [...] Adrián está trabajando, y todos vamos a trabajar; he puesto mis esperanzas en él, y hay que trabajar por Cuajimalpa, sin distinción de colores, de ideologías, aquí lo que importa es Cuajimalpa, así que apoyémoslo.

Un segundo líder afirma:

El día de hoy, se inicia un gran proyecto que emprende una gran persona, nuestro amigo y compañero Adrian Rubalcava. En este momento, hay una gran

¹ Por eso es usual que los candidatos a jefes delegacionales provengan de cuatro áreas: desarrollo social, obras e infraestructura, participación ciudadana, y jurídico y gobierno.

hermandad en Cuajimalpa, por evitar las imposiciones, que vienen de la cúpula... pero lo más importante es que Adrián, no se equivocó, está apoyado en la ciudadanía de Cuajimalpa, que lo ha apoyado, que lo ha llevado hasta donde está y lo vamos a tomar como la punta de lanza que nos está uniendo en este momento, a diferentes colores, a diferentes ideas, objetivos, pero sobre todo hay uno, que se llama Cuajimalpa y que en este momento, lo encabeza nuestro líder. Vamos a llevarlo al triunfo porque en Cuajimalpa, impone la ciudadanía de Cuajimalpa” (aplausos y porras “duro”). Un tercero habló: “como ustedes saben, yo fui precandidato del PRD, en donde a muchos de ustedes les pedí el apoyo, pero viendo las imposiciones y los grandes dedazos [...] donde nada más nos engañaron... Adrián vio lo que estaba pasando, nosotros nos salimos porque nuestro proyecto es Cuajimalpa, y estamos cerrando filas por este personaje, que estamos seguros, sacará adelante.”²

Cuajimalpa es una delegación cuyas tensiones electorales provienen de la diferencia en los índices de desarrollo humano de que muestran sus diversas colonias y pueblos, lo que ha sido un elemento importante en la alternancia, mientras que en el caso de Iztapalapa, las zonas panistas son muy delimitadas y pequeñas. Los procesos locales de alianza y ruptura más allá de los partidos políticos. Se muestran sustancialmente en las fluctuaciones entre la primera y segunda fuerza en las elecciones delegacionales.

La democracia realmente existente en la Ciudad de México se evidencia en el carácter de las prácticas políticas mediante las cuales el partido gobernante hasta el momento, ha construido sus consensos, generado políticas públicas y vinculado con organizaciones sociales de muy diversa índole. Esos consensos han sido eficientes pues han generado un alto nivel de aprobación ciudadana para los jefes de gobierno. No obstante, dicho consenso está acompañado por un conjunto de políticas públicas de carácter fragmentado a causa de la contienda entre diferentes facciones partidarias que ejercen el gasto público bajo un criterio patrimonialista dirigido, sustancialmente, a construir y fomentar la influencia de redes político-clientelares que les apoyen en la pugna intrapartidaria y en los procesos electorales locales. Por lo anterior, los resultados electorales en la Ciudad de México expresan dicho consenso, pero también negociaciones entre facciones partidarias y líderes de redes político-clientelares que operan a nivel local. Los procesos políticos de Iztapalapa y Cuajimalpa demuestran que existe una estrecha correlación entre resultados electorales y predominio de redes políticas vinculadas a una facción. Dichas redes son más importantes en zonas con IDS bajo y muy bajo, en las cuales se evidencia que la debilidad política de sus habitantes, quienes viven en condiciones de pobreza, los hace más susceptibles a formar parte de dichas redes.

La estructura política que caracteriza a la Ciudad de México se despliega territorialmente mediante dos procesos: el primero, es la construcción de acuerdos políticos entre dirigentes de facciones partidarias y quienes encabezan las redes clientelares en los espacios locales. Las relaciones establecidas entre ambos son dúctiles, débiles, coyunturales y dependen de negociaciones que estipulan los beneficios que, en el futuro, obtendrán dichas redes y sus dirigentes; por ejemplo, la entrega de apoyos directos expresados en gasto social (becas escolares, ayudas para adultos mayores y madres solteras), gestiones para el mejoramiento de los servicios, así como impulso a la economía (créditos y permisos

² Inicio oficial de campaña de candidato del PRI-PVEM. 14 de mayo del 2012.

para ejercer el comercio), entre otros. Las alianzas generadas responden al pragmatismo y aspiraciones políticas de los líderes de las redes y a las expectativas de sus integrantes. Se ha observado que muchas redes evidencian, no obstante su importancia electoral, una debilidad estructural que se sintetiza en su incapacidad para incidir políticamente en las decisiones partidarias; por ejemplo, determinar quiénes serán elegidos para ocupar puestos públicos o cargos en los gobiernos locales. Las facciones partidarias, si bien tienen ramificaciones construidas con base en alianzas, pueden romper éstas fácilmente dependiendo de sus intereses coyunturales; por ejemplo, se puede consensar el apoyo para favorecer a cierto candidato proveniente de otra red o, por el contrario, abandonar el acuerdo en aras de un mayor beneficio con nuevas alianzas.

El segundo proceso es la movilización de las redes para consumir los acuerdos. Los casos analizados demuestran que el direccionamiento del voto no se restringe a quienes integran las redes políticas; existe un efecto multiplicador en su proselitismo como resultado de los vínculos de parentesco y rituales (compadrazgo), así como de la influencia vecinal sustentada en la identidad generada por compartir un territorio común; todas las cuales irradian el comportamiento electoral de las redes hacia grupos más extensos. En este sentido, ellas no necesariamente tienen que ser muy amplias para ser electoralmente eficaces, sino mostrar capacidad para, mediante la interacción cotidiana, canalizar las percepciones de familiares y vecinos.

El estudio en Iztapalapa muestra, por un lado, los efectos fragmentadores sobre las identidades partidarias causadas por la faccionalización y pulverización de las redes políticas; las cuales sustentan el ascenso de nuevos emprendedores políticos. La dinámica grupal de estas redes políticas desarticula la identidad partidaria en múltiples identificaciones. Por el otro, dicho estudio evidencia la importancia política que tienen las redes para direccionar el comportamiento electoral. Los fragmentos de las entrevistas que acompañan este texto indican que el trabajo político durante una elección modifica, en un periodo de dos semanas, los resultados electorales. En este caso el partido ganador superó una diferencia de 19.5% de preferencia electoral y, además, se logró que en las zonas donde operan las redes hubiese un voto diferenciado entre jefe delegacional (PT) y diputados locales (PRD). Tanto el proceso de fragmentación identitaria, como el direccionamiento del voto resultado de la influencia de las redes, no sería palpable si el voto hacia la jefatura delegacional se hubiese mantenido en el PRD. La dificultad de evidenciar la importancia de las redes radica en que estas habían actuado, usualmente, al interior del PRD y concentrado su respaldo electoral bajo las siglas de este partido.

El estudio muestra la correlación existente entre bajos índices de desarrollo social, programas de gasto social y fortalecimiento de diversas facciones partidarias que se disputan puestos y territorios. Además, permite explicar los *swings* electorales, no solamente como resultado de la modificación de las preferencias electorales producto de los medios de comunicación masivos y de la personalización de la política,³ sino como efecto de negociaciones y acuerdos políticos entre los líderes de distintas redes que mantienen control político sobre territorios diversos. Los estudios que con base en modelos del comportamiento electoral intentan explicar los resultados de los procesos electorales

³ Recuérdese que dichos medios atribuyeron a López Obrador el cambio en el comportamiento electoral en las elecciones de 2009.

adolecen de una perspectiva más compleja sobre las relaciones sociopolíticas que matizan el comportamiento ciudadano.

En Cuajimalpa la eficacia electoral de las redes político-clientelares reside, en gran parte, en los estrechos vínculos identitarios existentes a nivel de pueblos y barrios, los cuales propician que el proselitismo electoral de los miembros de dichas redes sea más efectivo, porque la credibilidad se incrementa en la medida en que se comparten cultura y territorio. Lo anterior se refleja en los resultados electorales de los mapas que hemos presentado. El diseño cartográfico de los *cluster* muestra divisiones por colonia o barrio, pero al analizarlos considerando las secciones electorales se observa que, salvo marcadas excepciones en Cuajimalpa, Chimalpa y Zentlapatl, las colonias y pueblos se comportan de forma corporativa y sus secciones se integran bajo una misma preferencia electoral para un determinado partido.

Tanto en Iztapalapa como en Cuajimalpa, votar por uno u otro partido fue percibido por muchos como un cambio de color (más que de ideología o identidad política) para obtener el mismo resultado en términos de atención gubernamental; pero en la primera delegación —debido a que el PRD y PT son, en los imaginarios políticos (Baczko, 1991), ubicados en espacios adyacentes—, los cambios de “color” fueron menos cuestionados, mientras que en el caso del PRD al PRI, se requirió de mayores justificaciones; por ejemplo, que lo importante era, como se ha presentado anteriormente en las descripciones del proselitismo político del candidato del PRI, “trabajar unidos por Cuajimalpa”.

La consolidación del PRD es producto tanto de la integración de múltiples redes con identificaciones político-clientelares particulares, matizadas por lazos morales de reciprocidad, interés mutuo y pragmatismo, todo ello condensado en sus líderes; como de la *tradición opositora* sobre cuyas características nos hemos detenido en las primeras páginas de este texto. Su fortaleza está parcialmente sujeta a las aspiraciones de quienes buscan consolidar espacios locales de influencia política. Pero dichas aspiraciones pueden transmutarse, como se muestra en los casos presentados, en votos a un partido distinto.

Los resultados indican que la integración de las redes políticas alrededor del PRD es circunstancial porque depende más del carácter predominante de este partido en la Ciudad de México, que de una identidad política consolidada. Dicha integración está sujeta a la fortaleza de las alianzas entre líderes de redes político-clientelares y representantes de las facciones partidarias, lo cual se evidencia al profundizar en la actuación electoral de las primeras. La estructura política se organiza a nivel local como un conjunto de redes territoriales con identificaciones personalizadas hacia quienes las encabezan. Esta característica desplaza las identidades políticas y, por tanto, debe matizarse la importancia del componente de identidad partidaria en el comportamiento electoral.

Las identificaciones son más dúctiles y sensibles a procesos de reacomodo y reestructuración jerarquizada de las percepciones sobre el contenido de los vínculos sociales (Aguilar, 2012: 22-23; Giménez, 2000). Son dichas identificaciones las que actúan cuando los líderes de las redes se vinculan con las facciones del PRD, lo que genera que dichas identificaciones se transmuten en expresiones electorales que fácilmente pueden confundirse con preferencias o identidades político-partidarias. Pero ellas son, en realidad, una condensación electoral propiciada por la existencia de un partido “paraguas”; en otros términos, son la expresión de la sumatoria electoral de intereses políticamente atomizados; en todo caso, se trata de una adhesión partidaria débil y subordinada a redes políticas dispersas territorialmente con lealtades particularizadas.

En los procesos que hemos observado, el voto hacia el PRD, más que mostrar apoyo partidario, expresa la adhesión de las redes a sus dirigentes quienes a su vez están vinculados a una facción partidaria. En consecuencia, la debilidad más importante de la estructura política a nivel territorial deriva del proceso de pulverización de las identificaciones entre múltiples redes cuyos intereses particulares si bien, se han manifestado colectivamente como apoyo electoral hacia el partido en el gobierno son, como se ha dicho, débiles y coyunturales. Por esta razón, procesos electorales como los de Iztapalapa y Cuajimalpa, responden más al mantenimiento de alianzas entre líderes y candidatos (independientemente del partido político que los postule); aunque en otros casos se permanece en el partido, pero se entabla alianza con personajes distintos (Iztapalapa en las elecciones de 2012 y 2015).

Se ha sostenido que la predominancia hasta 2015 del PRD (que continúa ahora como un voto dividido a la izquierda), se sustenta en la tradición opositora en la Ciudad de México. Dicha tradición engarza el desarrollo económico, político y cultural centralizado de capital con la presencia de autores políticos y culturales que se distinguen por su pensamiento crítico y que son el crisol para el surgimiento de movimientos y organizaciones que se opondrán al predominio hegemónico priista. Tanto el voto hacia el PAN como al PCM, muestran esta tendencia de oposición que se consolida cuando los capitalinos tienen la posibilidad de elegir a sus representantes. El voto que desde los años cincuenta prefiere consistentemente al PAN, y la simpatía evidente a este partido durante las elecciones del 2000, no permiten sostener que la Ciudad de México es de “izquierda”, sino que reafirma lo planteado: es una entidad de oposición que se enfrenta a la tradición cultural conservadora del autoritarismo antidemocrático característico de los gobiernos emanados del PRI. Reiteramos que, si en las elecciones del 2012, este partido se convirtió en la segunda fuerza electoral de la capital, no fue a causa de un incremento sustancial de los votos que recibió, sino del desmoronamiento electoral del PAN. Los votos al PRI se mantuvieron en la tendencia que han mostrado en los últimos años, con excepción del 9% obtenido en las elecciones presidenciales del 2006.

El apoyo que los habitantes de la Ciudad de México han otorgado a las coaliciones de izquierda se ha combinado con la integración de los líderes de las principales organizaciones urbanas a la cúpula dirigente del PRD local. Ello ha generado que muchos de estos líderes se conviertan en la élite que gobierna la Ciudad de México y, al mismo tiempo, ha propiciado dos cuestiones: por un lado, la faccionalización y “domesticación” de la mayoría de los movimientos sociales; por otro, el empleo discrecional de los recursos públicos para consolidar su presencia política. Continúa, entonces el proceso sobre el que Bruhn (2012) y Hilgers (2008) habían llamado la atención; cuando se vota por el PRD, también se respalda una estructura política organizada en facciones, en las cuales muchos de los dirigentes de los otrora movimientos sociales, se han posicionado para garantizar sus cuotas y cotos de poder. Este posicionamiento propicia que los procesos electorales permitan la reproducción de una estructura de control político-territorial formada por redes que garantizan el ascenso y la consolidación políticas. Dicha estructura, como hemos mostrado, es cada vez más importante en la vida política de la capital, y atraviesa desde las relaciones a nivel de calle, barrio o colonia, hasta aquellas donde se disputa el control de secretarías de gobierno central y delegaciones políticas. De esta forma, se ha formado un sistema político donde se combinan redes, recursos públicos, expansión territorial y puestos político-gubernamentales, organizado de manera piramidal, donde en la base se propician

coaliciones entre organizaciones y en la cúspide la élite política se alterna, ya sea como funcionarios o como dirigentes de partido.

Para garantizar el control territorial y la gobernabilidad en la Ciudad de México esta élite política ha manipulado la participación ciudadana, resistiéndose a cualquier ampliación que debilite dicho control. Ha obstaculizado las elecciones vecinales o, como está sucediendo desde el 2010, las ha convertido en una “elección de gobierno” bajo el imaginario de que los comités ciudadanos pueden ser útiles para direccionar el comportamiento electoral de los vecinos a quienes dichos comités supuestamente representan. Hemos mostrado (Tejera, 2015) que la capacidad de los comités para convertirse en “promotores del voto” o “núcleos iniciadores de redes políticas” es limitada por dos razones: la primera, la tendencia de las redes a reproducirse en sí mismas; es decir, a fortalecer la relación patrón-cliente mediante el uso intensivo (más no extensivo) del gasto social; la segunda, porque, con excepción de casos particulares, la capacidad política de los comités se sustenta en el consenso generado por su éxito en la atención a los problemas urbanos. Dicho éxito depende de la eficacia en la atención delegacional a las peticiones que dichos comités realizan, la cual es mínima. La representación vecinal expresa, en realidad, los resultados de la negociación entre diversos actores políticos, los cuales usualmente desplazan a los ciudadanos de las decisiones públicas. La misma dinámica se aprecia para el caso de la relación entre funcionarios locales y vecinos. Las “asambleas vecinales” pretenden consolidar las relaciones interpersonales de carácter autoritario mediante las cuales dichos funcionarios buscan, no solamente garantizar la gobernabilidad, sino impulsar sus aspiraciones políticas. La representación ciudadana formal se encuentra actualmente subordinada a la estructura política que se ha consolidado en la Ciudad de México, en la cual los capitalinos son “moldeados” para formar una ciudadanía adecuada para la reproducción de la dominación.

El sistema político predominante en la Ciudad de México ha configurado un conjunto de prácticas político-culturales que buscan emparar a los capitalinos de los principios y contenidos subyacentes a las relaciones políticas (Shore, 2010; Olson, 2008; Auyero, 2010), acotando el comportamiento ciudadano mediante una “didáctica” que los instruye sobre las relaciones sociopolíticas “adecuadas” que, a la vez, busca instaurar formas específicas de gobernanza (Prozorov, 2004: 268). De esta forma, las instituciones gubernamentales perredistas se han convertido en productoras de cultura, instruyendo a los capitalinos sobre cómo comportarse con el poder y los términos para acceder a los recursos públicos. Pero esta relación no es solamente un producto cultural; es resultado de la estructura política analizada, la cual produce y reproduce un tipo particular de relación gobierno-ciudadanía que mantiene y se sustenta en la desigualdad social.

En síntesis, la consolidación de la estructura política que prevalece actualmente en la Ciudad de México es resultado de: a) la configuración de una entidad con una cultura de oposición política y donde muchos capitalinos integran pasado con presente;⁴ b) la permanencia del PRD como partido y gobierno predominante a partir de 2003, donde esa cultura se combina con el consenso obtenido a partir de avances en política social y urbana; c) la expresión de las deficiencias de una democracia representativa carente de control a

⁴ Como lo expresaba una pareja de ancianos al decirle a un promotor electoral: “no es necesario que nos entreguen propaganda a nosotros que somos perredistas de hace muchos años, desde que el papá de este Cárdenas estuvo en la Presidencia”. Recorrido de candidato a diputado federal por Barrio La Nopalera, Tlahuac, 29 de mayo de 1997 en Tejera, 2003.

causa de una ciudadanía debilitada por su expectativa de que ese partido cumplirá sus ofertas electorales; d) la transformación paulatina de los líderes perredistas en elite política; e) la faccionalización de las políticas públicas con base en un enfoque clientelar que desplaza la participación ciudadana y la exigibilidad de derechos reduciéndolas a gasto social focalizado (Álvarez, 2006) y subordinación política (Dagnino, 2010); f) el fortalecimiento de redes políticas como las observadas en Iztapalapa y Cuajimalpa, cuya acción propicia un patrón de dominio político-territorial sustentado en facciones partidarias que luchan por el predominio político-electoral; g) condiciones socioeconómicas adversas y debilidad política de las mayorías que propicia relaciones clientelares, las cuales reproducen la desigualdad.

Si bien se ha consolidado una nueva estructura política en la Ciudad de México formada en los últimos quince años, la cual influye en los procesos electorales a nivel local, al estar sustentada por un entramado de relaciones de alianza entre facciones partidarias que rivalizan entre ellas y una pléyade de organizaciones cuyas adhesiones están condicionadas a ventajas coyunturales, es inestable partidariamente hablando porque sus cimientos dependen de alianzas y negociaciones volátiles. Es por esta situación que la balanza electoral se ha comenzado a modificar y ahora el PRD comienza a compartir con otro partido surgido de una facción del mismo (Morena), el poder en la Ciudad de México.

- Aguilar, Mariflor (2012), “Hacia una política de las identificaciones” en Elisabetta Di Castro y Claudia Lucotti (coords.), *Construcción de identidades*, México, Juan Pablos/UNAM.
- Álvarez, Lucía (2006), “Participación ciudadana y construcción de ciudadanía en la Ciudad de México”, en *Elecciones y ciudadanía en el Distrito Federal*, México, Colección Sinergia, Instituto Electoral del Distrito Federal.
- Auyero Javier, (2010) “Patients of the State: an Ethnographic Account of Poor People’s Waiting” en *Latin American Research Review*, Vol. 46, num. 1.
- Bruhn, Kathleen (2012), “El PRD y los movimientos populares en el Distrito Federal”, en Jorge Cadena-Roa y Miguel A. López Leyva, *El PRD: orígenes, itinerario y retos*, México, IIS-UNAM, CEIICH-UNAM.
- Dagnino, Evelina (2010), “La construcción democrática en Brasil: la participación de la sociedad civil y sus dilemas”, en *Vanguardia*, núm. 36, julio-septiembre.
- Dunleavy, Patrick (2010), “Rethinking Dominant Party Systems”, en Bogaars, M y Boucek, F, (eds.), *Dominant Political Parties and Democracy: Concepts, Measures, Cases and Comparisons*, New York, Routledge.
- Giménez, Gilberto (2000), “Materiales para una teoría de las identidades sociales”, en Valenzuela Arce, José Manuel (coord.), *Decadencia y auge de las identidades*, México, El Colegio de la Frontera Norte, Plaza y Valdés.
- Hilgers, Tina (2008), “Causes and Consequences of Political Clientelism: Mexico’s PRD in Comparative Perspective”, en *Latin American Politics and Society*, núm. 50, vol. 4.
- Olson, Kevin, (2008), “Constructing Citizens”, *The Journal of Politics*, Vol. 70, No. 1, January.

- Prozorov, Sergei (2004) “Three theses on “governance” and the political”, en *Journal of International Relations & Development*, núm. 7.
- Przeworski, Adam, Michael Álvarez, José Antonio Cheibub y Fernando Limongi (2000), *Democracy and Development; Political Institutions and Well-Being in the World, 1950-1990*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Shore, Cris (2010), “La antropología y el estudio de la política pública: reflexiones sobre la “formulación” de las políticas”, *Antípoda*, No. 10, enero-junio.
- Simmel, George (2009 [1908]), *Inquiries into The Construction of Social Forms*, Brill, The Netherlands.
- Sztompka, Piotr, (1999) *Trust*, New York, Cambridge University Press.
- Tejera Gaona, Héctor (2003), “Vecinos, identidades locales y participación ciudadana en la Ciudad de México”, *Ensayos*, Instituto Electoral del Distrito Federal, México.
- Tejera Gaona, Héctor (2015), *Estructura política y participación ciudadana en la Ciudad de México*, México, Gedisa/UAM.